

Sábado 21 abril, por la mañana

*A la entrada y a la salida:
Ludwig van Beethoven, Sonatas para piano
Wilhelm Backhaus, piano
“Spirto Gentil” n. 22, Decca*

Don Pino. Hemos escuchado durante la entrada al salón *La Sonata n. 5* de Beethoven, el pasaje que, durante un año entero, tocaba Gaetano Corti a don Giussani todos los domingos por la noche, sin decir una palabra, cuando este volvía tardísimo, agotado por la intensidad de sus primeras iniciativas. Tratemos de identificarnos con la intensidad humana, con la vibración de la amistad como compañía al destino del otro. Esta intensidad humana no es en absoluto una cuestión de temperamento, sino de conciencia, esa conciencia que alberga el hecho de Cristo presente, que es, por tanto, memoria, reconocimiento de lo que está sucediendo ahora.

*Angelus
Laudes*

PRIMERA MEDITACIÓN

Julián Carrón

Un maestro a seguir

Comienzo leyendo el telegrama de Su Santidad: «Con ocasión de los Ejercicios Espirituales para los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación presentes en Rímini, Usted ha querido manifestar al Santo Padre Benedicto XVI sentimientos de devota y afectuosa cercanía, asegurando particulares oraciones por Su Ministerio universal de Sucesor del Apóstol Pedro. El Sumo Pontífice, a la vez que expresa vivo aprecio por la loable iniciativa de esta Fraternidad, agradece la muestra de respeto y los sentimientos de veneración que la acompañan y, al tiempo que desea que la experiencia del contacto con Cristo vivo suscite renovados propósitos de generoso testimonio eclesial, en el surco fecundo trazado por el benemérito sacerdote Mons. Luigi Giussani, invoca una abundante efusión de los dones pascuales de alegría y de paz, y gustosamente le envía a Usted y a los participantes en el encuentro espiritual la implorada Bendición Apostólica, haciéndola extensiva a los seres queridos. Con sentimientos de atento respeto me confirmo devotísimo en el Señor. Monseñor Angelo Becciu, Sustituto».

1. La autoconciencia del “yo”

«En efecto, cuando se estrecha a nuestro alrededor el cerco de una sociedad adversa hasta amenazar la vivacidad de nuestra presencia, y cuando una hegemonía cultural y social tiende a penetrar en nuestro corazón y agrava nuestras habituales

incertidumbres, es que *ha llegado el tiempo de la persona*»¹³, decía don Giussani en 1976.

En 1990 insistía en el Equipe de los universitarios: «En todas las circunstancias y contingencias de la vida, del mundo, de la historia, lo que cuenta, aquello desde lo que siempre se puede partir, es decir, lo que sostiene la novedad, la creatividad, tiene un lugar que se llama persona: es el sujeto, que se llama “yo” [...] Cuanto más duros son los tiempos, tanto más lo que cuenta es el sujeto, es la persona»¹⁴.

De nuevo en 1998, invita a que le hagan una pregunta para poder respondernos, pues le interesa que comprendamos esto: «¿Por qué un movimiento como el nuestro insiste tanto en el “yo” y por qué sólo ahora esta insistencia?». «De primeras me haces reaccionar cuando dices “sólo ahora”: ¡porque el comienzo del movimiento estaba dominado por el problema de la persona! Y la persona es un “hombre”, la persona es un individuo que dice “yo”. Durante mucho tiempo fuimos los únicos en sostener – incluso con cierta preocupación por exagerar –, que el “yo” es la autoconciencia del cosmos, es decir, que la realidad entera está hecha para el hombre. En la concepción cristiana, Dios, al crear el mundo, tenía como finalidad la afirmación de la persona. Por eso ahora decimos que el cosmos entero alcanza su vértice, su cima más alta, en la autoconciencia; es como una pirámide en cuyo vértice se despliega la autoconciencia: dentro de la naturaleza, en todo lo creado, la autoconciencia de sí es el “yo”. Por ello, el mundo, el cosmos, tendría significado aunque hubiera un solo “yo”. La autoconciencia del cosmos es como el desafío de Dios: “He creado para que hubiera una criatura que tomara conciencia del hecho de que Yo soy todo, hago todo, estoy haciendo todo”. De hecho, la religiosidad es el corazón del hombre, el corazón del “yo”, y se explicita como deseo de felicidad y como razón que determina todas las definiciones que damos a las palabras. Razón es conciencia de la realidad según la totalidad de sus factores. Y la moralidad es el nexo entre la acción, una acción del “yo”, una acción consciente, y todo lo creado, el orden. Son dos definiciones fundamentales para nuestra concepción del “yo”. De todas maneras, durante los primeros años, la primera decena de años, antes de que el 68 provocara una fuerte convulsión, poniendo con afán en el punto de mira no tanto el “yo” cuanto su acción en la sociedad, la conquista del poder (porque la conquista de la ciencia era secundaria respecto a la conquista del poder tal como era concebido entonces); antes del 68, decía, el tema con el que siempre comenzaba los Ejercicios, los Retiros, era una frase de Jesús. [...] La frase de Jesús que entonces repetía a menudo, como un estribillo continuo, empezamos a usarla menos desde el 68 en adelante. Ahora, en cambio, la hemos vuelto a retomar ya que el resultado de la política o de la “revolución” ha dejado ver las consecuencias extremas de una falta de conciencia, de autoconciencia del “yo”. Si el “yo” es la autoconciencia del cosmos, el mayor delito que el “yo” comete es el de no conocerse, cuando, por el contrario, debe ser consciente de sí. Jesús decía: “Pero, ¿qué importa si ganáis el mundo entero y os perdéis a vosotros mismos?”. Es más, Él dice literalmente: “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el

¹³ Conversación mantenida durante los Ejercicios del CLU el 7 de diciembre de 1976; publicada en L. Giussani, «È venuto il tempo della persona», a cargo de Laura Cioni, *Litterae Communionis CL*, n. 1, Milán 1977, p. 11.

¹⁴ Equipe del CLU, Milán, 10 febrero 1990, Archivo de CL.

mundo si se pierde a sí mismo? O, ¿qué dará el hombre a cambio de sí?”. Son cosas que remiten una a la otra, porque si el “yo” es la conciencia del cosmos, de todo, la relación con el Creador, con el Infinito, con lo que no es mensurable, origen y destino de todo, se juega precisamente en el “yo”, en la toma de conciencia que el “yo” tiene de sí. Esto explica por qué nuestro decir, el contenido de nuestra conversación, siempre está centrado en lo humano, en el valor humano que tienen las cosas; y el valor humano no es de la “humanidad”, sino del individuo, de la persona. Así, todo lo que comencé a decir en el Liceo Berchet de Milán, ya en el primer año, dio origen a *El sentido religioso*, después al segundo volumen del Curso Básico de Cristianismo, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, y, finalmente, a los textos sobre la vida de la Iglesia, sobre el valor de la Iglesia. Pero el *leit motiv* o el destino común de todo este desarrollo ha sido la persona: con el fin de entender a la persona y lo que tiene que hacer la persona, quién es el hombre y qué tiene que hacer el hombre para ser él mismo. [...] Este tiempo en que vivimos ha arribado a una orilla árida e infecunda, estamos en un desierto humano, donde quien sufre, el sujeto de la pena es el “yo”: no la sociedad, sino el “yo”, porque en nombre de la sociedad se matan también todos los “yo” posibles e imaginables. Mientras que para nosotros la sociedad nace a partir de la existencia del “yo”. “Generad, creced y multiplicaos”, recomendó Dios a Adán y Eva: pero la naturaleza de la tarea de Adán y Eva, de su haber sido creados como personalidades individuales, es una compañía entre ellos dos: el hombre no puede vivir, no puede conocer, alimentarse, sino en compañía de otro, en el encuentro con otro. Estamos, decía, como sobre arena, sobre la orilla arenosa de un colapso terrible en la vida social. Y como el poder tiene como ideal y objetivo el regular la vida de todos (el gobierno italiano lo demuestra con creces), esta eliminación de la libertad tiene consecuencias dramáticas, porque no queremos acabar siendo todos esclavos o siendo manipulados según el orden de un mecanismo central. Entonces, ¿cómo podemos resistir?, ¿cómo podemos plantear una alternativa al predominio del poder que pretende tomar una posición que determine todos los aspectos, todas las expresiones de la vida del hombre, que quiere dictar hasta las leyes morales? [...] El único recurso para frenar la invasión del poder está en ese vértice del cosmos que es el “yo”, y es la libertad».

Cada uno de nosotros debe compararse con esta respuesta. ¿Quién nos lo habría dicho? ¿Quién habría indicado como recurso para frenar la invasión del poder precisamente el “yo”, la persona? No lo demos por descontado, es lo menos obvio que hay entre nosotros, pues estamos determinados por la mentalidad común, hasta el punto de que con frecuencia nos sentimos como una pieza del mecanismo de las circunstancias, somos panteístas, nos concebimos como una parte del todo, en donde el “yo” desaparece, y entonces ponemos nuestra esperanza en el poder (como hacen todos).

Don Giussani insiste: «El único recurso que nos queda es retomar radicalmente el sentido cristiano del “yo”. Digo el sentido “cristiano” no por un prejuicio, sino porque, de hecho, sólo Cristo, la actitud de Cristo, la inteligencia de Cristo, la concepción que Cristo tiene de la persona humana, del “yo”, sólo esto, explica la experiencia existencial del “yo” que tenemos. Sólo Cristo explica todos los factores que sentimos con fuerza dentro de nosotros, que emergen impetuosos en nosotros, tanto que

ningún poder puede ni podrá aplastar al “yo”, impedir al “yo” que sea “yo” [¡qué impresión releerlo en la situación actual!]. [...] La insistencia en el valor del “yo” fue desarrollándose desde el comienzo, [...] y no fue sólo motivo de profundización, de desarrollo de la religiosidad como categoría fundamental del “yo”. Fue también el origen fascinante de la relación con todos los niveles del conocimiento, el punto de partida para leer la experiencia humana tal como se expresa en los hombres más geniales, dotados de mayor sensibilidad, por tanto, en los poetas y en las diferentes formas de la expresividad del hombre. Así entendéis por qué yo empecé con Leopardi: había aprendido de memoria casi todas sus poesías, era el autor que mejor expresaba esa cuestión fundamental, el que me permitió aferrarla mejor. [...] De todas maneras, la frase de Jesús que cité al comienzo es dramática. Trágico es [este es un juico que nos afecta] que haya dejado de escucharla en el movimiento, excepto alguna rara vez citada por otros; en los comienzos, fue precisamente nuestro punto de referencia. “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo? O, ¿qué dará el hombre a cambio de sí?”. ¡Cumplid vosotros con este reto, realizad vosotros toda la dinámica, desarrollad en vosotros este dinamismo, que hemos profundizado durante años, el dinamismo que surge de nuestra amistad y de nuestra compañía! [Esta es la razón fundamental, pues si no es así dejará de interesarnos con el tiempo]: el cumplimiento del corazón, de las exigencias del corazón, sin el cual el nihilismo sería la única consecuencia posible»¹⁵.

Esta es nuestra situación: un “yo” que carece de consistencia, la búsqueda del poder por miedo al nihilismo, la búsqueda de la satisfacción allí donde la buscan todos, el miedo por la pérdida del poder, como todos.

Pero, ¿qué es el “yo” para poder frenar la invasión del poder? ¿En dónde está su consistencia? La persona es su autoconciencia. La consistencia del “yo” se encuentra por entero en su autoconciencia: «En una situación en donde todo es arrancado del tronco y reducido a un montón de hojas secas, lo que urge para que la persona sea, para que el sujeto humano recobre vigor es la *autoconciencia*, la percepción clara y amorosa de uno mismo, cargada de la conciencia del propio destino y, por tanto, capaz de verdadero afecto por uno mismo, liberada de la obtusa instintividad del amor propio. Si perdemos esta identidad, nada nos aprovecha»¹⁶.

Pero, ¿qué quiere decir esta percepción de sí clara y amorosa, consciente del destino, capaz de verdadero afecto por uno mismo? La autoconciencia no equivale a intimismo, no se trata de una introspección intimista. ¿Qué consistencia podría tener algo así? «La fuerza de este sujeto que se llama “yo”, la fuerza de la persona, la consistencia de esta persona no reside en su interior, en la intimidad separada de lo demás, ajena a lo demás, sino que se halla en la pertenencia a otra cosa». ¿Qué tipo de pertenencia? «La grandeza del sujeto, la novedad de la persona viene dada por una pertenencia que no se halla ni en las cosas que suceden, ni en los edenés imaginados y contruidos por nosotros, en los paraísos terrenales pensados y contruidos por nosotros: es la pertenencia a aquello de lo que todo está hecho. En la relación con todo lo que

¹⁵ L. Giussani, «Aceptamos la vida porque tendemos a la felicidad», en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 5, 1998, pp. II-VIII.

¹⁶ L. Giussani, «È venuto il tempo della persona», en *Litterae Communionis* CL, n. 1, 1977, p. 12.

sucede, hay algo que se da antes, algo más grande que se reconoce: esto es lo que da contenido al verdadero protagonista de la historia, al verdadero lugar creativo de la historia, que es el sujeto, la persona, es decir, tú, yo. Pero la fuerza del “yo” y del “tú”, la fuerza del sujeto, de la persona, reside en algo distinto a lo que el “yo” pertenece por completo, a lo que el “yo” reconoce que pertenece totalmente. Esta es la vivencia de la personalidad: reconocer que pertenezco a lo que me hace»¹⁷. Por eso, cuando seguimos utilizando la razón de forma racionalista, cuando sucumbimos constantemente al positivismo que hace que nos quedemos en la apariencia, no vivimos la pertenencia a Aquel que nos hace (aunque estemos aquí); Aquel que nos hace es lo último que determina nuestra conciencia, porque la autoconciencia es justamente el reconocimiento de pertenecer a Aquel que nos hace. Por eso no debemos dar por descontado que sea habitual en nosotros la conciencia de la que habla Giussani en el capítulo décimo de *El sentido religioso*: «Yo soy “tú-que-me-haces”»¹⁸. En cuanto sucede algo nos venimos abajo, y no porque seamos frágiles, por las circunstancias, por el ambiente... ¡Basta de excusas! Nos venimos abajo por falta de autoconciencia. Porque ningún poder del mundo podría eliminarnos, fuese cual fuese la circunstancia, si tuviésemos esta autoconciencia, porque la autoconciencia no se halla en la energía que tengamos, en nuestra posibilidad de éxito o en nuestra capacidad. Nuestra fuerza, toda la energía de nuestra fuerza radica en el reconocimiento sencillo de Aquel a quien pertenecemos, de Aquel que nos hace ahora. Porque el Señor es todo, pero «no por un esfuerzo de nuestro sentimiento, porque “sintamos” que es todo, no por un esfuerzo de nuestra voluntad, porque “decidamos” que sea todo, no por una actitud moralizante, porque “deba” ser todo, sino por naturaleza»¹⁹.

Pero, ¿cómo podemos adquirir cada vez más esta conciencia? «El hecho de que el Señor sea todo por naturaleza no ha surgido tampoco como fruto del conocimiento, no es el resultado de una reflexión filosófica. Que el Señor es el Señor porque nos constituye, y determina por consiguiente la vida, es algo que se ha hecho evidente en el marco de su intervención en la historia, por medio de su desvelamiento histórico. Dios ha desvelado al hombre el rostro de su destino desvelándose Él mismo, nos ha dado a conocer el nombre del destino humano mediante su Presencia, ha intervenido para recordarnos que Él es el destino del hombre, el “unum” capaz de hacer humana la vida del hombre»²⁰. Aquí don Giussani nos pone entre la espada y la pared: «Lo que cuenta es el sujeto, pero el sujeto – como hemos señalado – es la conciencia de un acontecimiento, el acontecimiento de Cristo, que se ha convertido en historia para ti a través de un encuentro, y que tú has reconocido»²¹.

Por tanto, el contenido de la autoconciencia es la memoria de Cristo: «Sólo recuperando la memoria de Cristo, lleno de dolor por haberle olvidado, puede el hombre volver a emprender su camino en el ámbito de cualquiera de sus intereses y en todas sus formas de expresarse, ya que la memoria de Cristo es el contenido normal de la

¹⁷ Equipe del CLU, Milán, 10 febrero 1990, Archivo de CL.

¹⁸ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 152.

¹⁹ L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 24.

²⁰ *Ibidem*, pp. 24-25.

²¹ Equipe del CLU, Milán, 10 febrero 1990, Archivo de CL.

autoconciencia nueva del cristiano»²². Porque este contenido de la memoria es lo que define la estatura de una personalidad. Y esto vale para cualquier hombre: no existe identidad del “yo” sin memoria, la consistencia de su personalidad se halla en la memoria. Entonces, lo que establece la diferencia es el contenido de la memoria. Pero don Giussani nos dice enseguida cuál es la sensación que tenemos cuando decimos estas cosas: «Tener la valentía de afirmar que nuestro problema fundamental es que llegue a ser habitual en nosotros el deseo de Su recuerdo, la conciencia de Su Presencia, no puede dejar de sonar a nuestros oídos como algo abstracto, añadido o superpuesto a problemas que sentimos más apremiantes y concretos»²³. Aquí está el problema: para nosotros todo esto resulta abstracto, y por eso no nos conquista. Percibimos una lejanía del corazón con respecto a Cristo, y entonces llenamos el vacío con otras cosas, tratamos de llenarlo, así de poderosa es la urgencia del corazón. Si nuestro corazón no se llena de Cristo como de algo real que nos aferra, entonces terminamos buscando la plenitud donde la buscan todos, ¡porque un «Cristo abstracto»²⁴ no puede llenarnos!

Por tanto, la cuestión es cómo Cristo llega a ser el contenido de nuestra autoconciencia, cómo crece en nosotros esa memoria de Cristo capaz de vencer la lejanía que separa nuestro corazón de Él. El camino nos lo ha señalado don Giussani, y es sencillo: seguir a un maestro. «El deseo de recordar a Cristo madura en nosotros mediante una historia, no crece automáticamente, sino que crece siguiendo a alguien, como cualquier otra capacidad. De la misma manera que el proyecto de nuestra madurez no está en nuestras manos, así tampoco podemos decidir el maestro a nuestro antojo; sólo tenemos que reconocerlo. El maestro al que tenemos que seguir nos lo ha dado el Señor, nos lo ha puesto el Señor en el camino que nos ha trazado, en la vía que estamos recorriendo. Elegir nosotros un maestro significaría elegir a alguien que nos resulte más cómodo, que responda a nuestro gusto, al deseo de ver secundado nuestro proyecto. En cambio, seguir significa identificarse con los criterios de otro, del maestro, con sus valores, con lo que nos comunica, y no vincularse a una persona que, en sí misma, es efímera. En este seguimiento se oculta y se vive el seguimiento de Cristo. El motivo del seguimiento entre nosotros no es el apego a una persona, sino el seguir a Cristo»²⁵.

Se trata de seguir a un maestro, tal como había propuesto desde el comienzo de la historia cristiana san Pablo, que se había atrevido a decir a sus amigos de Filipos: «Hermanos, sed imitadores míos y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros»²⁶. Desde entonces, esta ha sido la modalidad con la que se ha transmitido el cristianismo en la historia, como nos recordaba el Papa recientemente: «Desde Pablo, y a lo largo de la historia, se nos han dado continuamente estas “traducciones” del camino de Jesús en figuras vivas de la historia [...]. Los santos nos indican cómo funciona la renovación y cómo podemos ponernos a su servicio»²⁷. Por eso hemos escuchado muchas veces a don Giussani decir: «Buscad cada día el rostro de los santos

²² L. Giussani, «C'è perché è presente», en *op. cit.*, p. 13.

²³ L. Giussani, «È venuto il tempo della persona», en *op. cit.*, p. 12.

²⁴ L. Giussani, *El rostro del hombre*, *op. cit.*, p. 104.

²⁵ L. Giussani, «È venuto il tempo della persona», en *op. cit.*, p. 12.

²⁶ *Flp* 3,17.

²⁷ Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa Crismal*, 5 abril 2012.

para descansar en sus palabras». Pero nosotros, ¿hacia dónde tenemos que mirar? ¿A qué maestro seguimos?

2. El camino de don Giussani

Todos nosotros reconocemos que el maestro que el Señor nos ha dado se llama don Luigi Giussani. La solicitud de apertura de la causa de canonización es el signo de nuestro reconocimiento ante la Iglesia y el mundo. Por tanto, sólo si le seguimos podremos aprender a superar la lejanía que separa nuestro corazón de Cristo, aprender a no percibirlo como algo abstracto, a no reducirlo a un objeto de piedad. Porque este ha sido el alcance de la vida de don Giussani: el Señor, que siempre está presente en la historia, ha querido suscitar en medio del siglo XX un carisma como camino para conocer a Cristo, justamente en esta situación cultural en la que vivimos, porque el humus cultural que los ilustrados introdujeron en Europa determina en gran parte nuestra forma de vivir la realidad y de vivir la fe (pensemos en lo que dijimos en años anteriores sobre la fractura entre saber y creer, que reduce la fe a sentimiento, a devoción o a ética). Por eso es tan significativa la historia de don Giussani, porque ha vivido nuestras mismas circunstancias, ha tenido que afrontar los mismos retos y los mismos riesgos que nosotros, y ha tenido que hacer él mismo el camino que describe en muchos pasajes de sus obras (como mostraba nuestro amigo español Ignacio Carbajosa el verano pasado en los Ejercicios de los *Memores Domini*).

Confiesa don Giussani: «También yo corría este riesgo [de reducir a Cristo a una estampita: recuerdo y piedad] en primero de liceo, cuando puse sobre mi mesa la imagen del rostro de Cristo de Carracci, que no era un grandísimo pintor pero me recordaba a Cristo»²⁸. Y en los Ejercicios de sacerdotes de 1993 decía: «Dios nació de la Virgen hace dos mil años, y durante muchos años yo imaginé mi relación con Él con esa actitud que podría indicarse con la palabra “piedad”: coincidía con acordarse de un hecho sucedido. Incluso en la seriedad del sacramento, sentía que había algo incompleto, no acabado, en esta posición»²⁹. Un cristianismo reducido a piedad era algo absolutamente incompleto. ¿Por qué incompleto? Porque un cristianismo entendido como “piedad”, como “recuerdo”, es una reducción del cristianismo, que pierde las connotaciones históricas de la carnalidad: el cristianismo, que es el acontecimiento de Dios hecho hombre, se convierte con el tiempo en el recuerdo de un hecho del pasado o en el sentimiento que me provoca tal hecho, pero esto no es lo que ha sucedido en la historia, ni es capaz de incidir en nosotros, respondiendo a la espera que hay en nuestro corazón. Prosigue don Giussani: «Para mí, lo importante era acordarme de Él. Pero hay algo incompleto en esta posición, en reconducir la vida de la fe a piedad»³⁰.

También don Giussani tuvo que hacer un camino. ¿Qué le permitió salir de esa reducción ya desde los años del seminario? Nos lo cuenta él mismo: «Si yo no hubiese conocido a Gaetano Corti en el primer año de liceo, si no hubiese escuchado las pocas clases de italiano de monseñor Giovanni Colombo, que luego sería cardenal de Milán, si

²⁸ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, p. 224.

²⁹ Ejercicios de sacerdotes de CL, La Thuile, 31 agosto-3 septiembre 1993, Archivo CL.

³⁰ *Ibidem*.

no hubiese conocido a chavales que, frente a lo que yo escuchaba, abrían los ojos como frente a una sorpresa tan inconcebible como placentera, si yo no hubiese empezado a encontrarme con ellos, si no hubiese conocido cada vez más gente que se implicaba conmigo, si yo no hubiese tenido esta compañía, Cristo habría sido, tanto para mí como para ti, una mera palabra objeto de frases teológicas, o bien, en el mejor de los casos, un reclamo a un afecto “pío y digno de lástima”, genérico y confuso, que se concretaba únicamente en el temor a pecar, es decir, en un moralismo»³¹.

Por tanto, si Giussani no se hubiera encontrado con ciertas personas, Cristo se habría visto reducido a un objeto de piedad, a una devoción, a un reclamo al moralismo (vemos muchas veces a nuestro alrededor esta reducción del cristianismo). Esta es la fuerza de la palabra “contemporaneidad”: si Cristo no es contemporáneo, se convierte simplemente en un hecho del pasado, que no tiene incidencia alguna en mi “yo” presente. Por eso decía don Giussani que si no se hubiese encontrado con Corti, con Colombo, con los chavales que empezaban a abrir los ojos ante una sorpresa «tan inconcebible como placentera», es decir, si no hubiera visto a Cristo presente, en acción, cambiando la vida de las personas, Cristo se habría visto reducido a un objeto de piedad. Sin embargo, la relación con Cristo, con Dios hecho hombre, coincide con la relación con esas personas que documentan, que testimonian que Cristo está presente, no tanto porque estén presentes físicamente (hay muchas personas que están presentes y que no nos cambian demasiado), sino porque viven una intensidad humana que documenta su presencia hoy. Para testimoniar Su presencia hoy, a través de esta intensidad, de este cambio, es necesario que Él esté presente. Este es el testimonio de que Él está presente: personas cambiadas, fascinadas por Cristo, no porque no cometan errores (¡como si el testimonio pudiera reducirse a la coherencia!), sino porque incluso a través de los errores – dentro de una disponibilidad continua a la corrección – testimonian algo que es más que ellos mismos. Y a través de este cambio, de esta intensidad, de esta humanidad capaz de estar ante todo, de esta capacidad de vivir la vida con plenitud, la contemporaneidad de Cristo se vuelve incidente en la vida, hasta el punto de atraerme, de despertarme y de hacer que todo se convierta en signo Suyo, hasta el punto de que la relación con Él coincide con la relación con cualquier cosa, con cualquier “tú”. Todo se convierte en signo. En la historia de un gran amor todo se convierte en signo. Por eso hemos repetido, con el Manifiesto de Pascua de 2011: «Cristo es algo que me está sucediendo»³², Cristo no es un hecho del pasado, Cristo es algo que está sucediendo ahora. ¿Se trata acaso de una frase abstracta, de una visión nuestra, o es lo que inevitablemente reconocemos al toparnos con ciertas personas porque, al estar con ellas, se despierta nuestra humanidad un poco adormecida, nuestra capacidad de desear, el deseo de plenitud al que muchas veces hemos renunciado escépticos? Sólo si nos encontramos ante personas en las que podemos palpar que Cristo está sucediendo ahora (hasta tal punto está más allá de cualquier imaginación, de cualquier pensamiento), podremos reconocer su contemporaneidad.

Entonces podemos entender por qué para don Giussani era incompleto reducir a Cristo a piedad, a una estampita o a una frase teológica. Esta experiencia de Giussani, su

³¹ L. Giussani, *Qui e ora. 1984-1985*, Bur, Milano 2009, pp. 209-210.

³² *Manifiesto de Pascua*, Comunión y Liberación 2011.

historia, es un don para nuestra vida: ¿es posible vivir la contemporaneidad de Cristo en la situación en la que nos hallamos! Él mismo nos lo testimonia: «Cristo, este es el nombre que indica y define una realidad que he encontrado en mi vida. He encontrado: había oído hablar de Él antes, de pequeño, de muchacho, etc. Podemos hacernos mayores y tener esta palabra resabida, pero mucha gente no se ha encontrado con Él, no lo ha experimentado realmente como presencia; en cambio, Cristo ha entrado en mi vida, y mi vida le ha recibido precisamente para que yo aprendiera a comprender que Él es el punto neurálgico de todo, de toda mi vida. *Cristo es la vida de mi vida*. En Él se resume todo lo que yo quisiera, todo lo que busco, todo lo que sacrifico, todo lo que se mueve dentro de mí por amor a las personas con las que me ha puesto. Como decía Möhler en una frase que he citado muchas veces: “Pienso que no podría vivir si no le oyera hablar de nuevo”. Era una frase que puse bajo una imagen de Carracci con la figura de Cristo cuando estaba en el instituto. Es quizá una de las frases que más he recordado en mi vida»³³.

¿Quién no desea esto? ¿Quién no desea que Cristo sea para él la vida de su vida cada vez más? No sólo hablar de Cristo, sino no poder vivir sin oír hablar a Cristo. Como hemos visto, don Giussani tuvo que recorrer su itinerario para experimentar esto, el mismo que luego nos ha propuesto. Nosotros debemos decidir si le seguimos o no. Su historia es decisiva para nosotros.

¿Qué condiciones se necesitan para recorrer este camino?

Lo decía él mismo, respondiendo a la pregunta de una persona del Grupo adulto: «Cuando asistí a la primera reunión de curas – me habían invitado a hablar porque yo ya era conocido, había unos cien estudiantes que me seguían –, el primero que intervino me preguntó: “¿Qué nos recomendarías a nosotros, curas jóvenes?”. “¡Que seáis hombres!”, le dije. “Cómo, ¿que seamos hombres?”. “¡Que seáis hombres! Para ser buenos curas debéis ser ante todo hombres. Si sois hombres, sentís lo que es propio del hombre, las exigencias y los problemas de cualquier hombre, vivís la relación con todo lo que se hace presente y se irradia desde el presente hasta vosotros. En el esfuerzo por responder a todo esto, aprenderéis tanto la verdad que hay en todas estas cosas como la verdad de Dios, que cumple la verdad de los hombres”». Esto se lo decía a los curas, y uno piensa: ¿y a nosotros? Don Giussani continúa de esta manera: «Análogamente te respondo: sé humana, vive la verdad de tu propia humanidad». Pero atención: nuestra humanidad no es el elenco de lo que hacemos o de lo que no funciona, porque en ese caso reduciríamos todo a ética. «Tu humanidad no es lo que haces ahora, sino cómo te ha hecho Dios al hacerte nacer en el seno de tu madre, cuando eras pequeña. Y también ahora te vuelves a hacer pequeña y sencilla, y lloras porque es necesario llorar, es natural llorar, o tienes miedo porque el problema es difícil y sientes la desproporción de tus fuerzas. Sé humana, vive tu humanidad como aspiración, como sensibilidad ante los problemas, como riesgos que correr, como fidelidad que mantener ante lo que te urge en el ánimo, que Dios te hace urgir en el ánimo desde el origen. Y así – conforme a tu pregunta – la realidad se presentará ante tus ojos de modo verdadero. Para que Dios me pueda responder, corresponder, satisfacer, es necesario que yo sea tal y como me ha

³³ L. Giussani, *El hombre y su destino*, op. cit., p. 55.

creado»³⁴. Todos hemos sido creados con esta humanidad, todos tenemos esta humanidad.

Don Giussani percibió en sí mismo la lealtad con su humanidad – tal como Dios la había hecho, llena de una necesidad apremiante, de aspiraciones, sin domesticarla ni reducirla – y por eso percibía en Leopardi la vibración de su humanidad tal como había sido hecha: «A los trece años me estudié de memoria toda la producción poética de Leopardi, porque me parecía que la problemática que suscitaba eclipsaba todas las demás. Durante un mes entero me dediqué únicamente a estudiar a Leopardi»³⁵. Intentemos imaginar el camino que empezó a hacer don Giussani cuando reconoció en Leopardi a alguien que expresaba lo que él mismo sentía: «Poderoso, dulcísimo / dominador de mi profunda mente; [esta desproporción estructural, esta urgencia de la vida que dominaba la mente de Leopardi hasta lo más hondo] / terrible, mas valioso / don del cielo [a nosotros muchas veces nos parece terrible esta ilimitada profundidad de nuestro sentir, y pensamos que es un problema a resolver, y no el recurso que el Señor nos ha dado con nuestra humanidad]; consorte [hasta tal punto es nuestro] / de mis lúgubres días, / pensamiento que siempre a mí retornas [no podemos quitarnos de encima nuestra humanidad, pues siempre acaba saliendo a la luz]»³⁶.

No sólo es imposible quitárnosla de encima, ¡sino que necesitamos nuestra humanidad! ¿Por qué consideraba don Giussani esto como algo decisivo? ¿Por qué fue tan decisivo para él? Porque nuestra humanidad se nos ha dado para reconocer a Cristo, para reconocer Su potencia, Su pretensión de atraer mi humanidad por entero, de responder a mi deseo, a mi espera. En la respuesta a mi espera, a mi humanidad, a la urgencia de la vida, yo puedo reconocer a Cristo. Por eso no basta la devoción, ni la piedad es adecuada para responder a esta urgencia. Sólo resulta adecuado un Cristo que no está sometido a las reducciones habituales. Por eso insiste siempre don Giussani – como hemos visto al comienzo de *Los orígenes de la pretensión cristiana* –: «Considerar el cristianismo sin reducciones, sean las que sean, depende de la amplitud e integridad con la que se percibe y considera el hecho religioso como tal»³⁷, es decir, nuestra humanidad.

Por eso la humanidad de Giussani forma parte del carisma, parte del don que el Misterio nos ha dado históricamente a través de él, para testimoniarnos qué quiere decir Cristo. Si empezamos a deshacernos de lo humano, pensando que es un problema, algo que hay que resolver, reduciremos inevitablemente el cristianismo a piedad o a moralismo, y buscaremos la satisfacción en donde la buscan todos.

La razón que explica por qué se le ha dado a don Giussani esta humanidad se manifiesta en el momento en que Cristo aparece con toda Su potencia en el horizonte de su vida, en lo que él llama el “hermoso día”. Es un episodio que marcó su existencia, y por tanto el carisma, y que él definirá como el momento más decisivo de su vida cultural. Sucedió en 1939, tenía por tanto quince años. Imaginad una humanidad como la que hemos descrito, la de una persona que había pasado un año arrollado por la

³⁴ L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., pp. 61-62.

³⁵ L. Giussani, *Una coscienza religiosa di fronte a G. Leopardi*, Milán 1984, pro manuscripto.

³⁶ G. Leopardi, «El pensamiento dominante», en *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, p. 190.

³⁷ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 9.

vibración humana que encontraba leyendo a Leopardi, porque las demás cosas le parecían secundarias. Un día, don Gaetano Corti, su profesor de Religión en el seminario, explicó la primera página del Evangelio de san Juan: «En un momento dado dijo: “Veis: ‘el Verbo se ha hecho carne’ quiere decir que ‘la Belleza se ha hecho carne’, ‘la Justicia se ha hecho carne’, ‘la Verdad se ha hecho carne’. Belleza, Justicia y Verdad eran un hombre, nacido de una mujer, que caminaba por los caminos de este mundo”. Para mí fue como un rayo, como una fulguración. Yo siempre había estado enamorado de Leopardi. En una poesía que siempre me había gustado, *A su dama*, Leopardi se dirige a la Mujer con “M” mayúscula, a la Belleza con “B” mayúscula. Y dice con pasión: “*Y con el nuevo / comienzo de mi día oscuro, incierto, / te supuse de paso en esta tierra. / Pero nada existe en este suelo / que a ti se te asemeje*”. Y dice también: “*Ya no tengo esperanza / de contemplarte viva, / si ya no fuese que, solo y desnudo, / por otra vía y hacia extraña estancia / vaya mi espíritu*”. Comprendí de golpe, en aquella fulguración, que “el Verbo se ha hecho carne” era el vuelco completo de aquella tristeza. Era el anuncio de que esta Belleza se encuentra “de verdad” por los caminos de este mundo»³⁸. *Quid est veritas? Vir qui adest*³⁹.

«Cara beldad que amor / lejos me inspiras, o escondiendo el rostro, / a no ser que te muestres, / sombra divina, en sueños»⁴⁰. Y un poco más abajo: «Ya no tengo esperanza / de contemplarte viva, / si ya no fuese que, solo y desnudo, / por otra vía y hacia extraña estancia / vaya mi espíritu»⁴¹. Y luego el fragmento que todos hemos aprendido a amar: «Si de las eternas ideas / tú eres una a la que de sensible / forma no viste el saber eterno, / ni entre caducos restos / probar las ansias de fúnebre vida, / o si otro suelo en las altas esferas, / entre mundos sin fin te acogiera, / y, bella más que el sol, te envía tus rayos / próxima estrella, y aire puro aspiras, / de aquí, donde la edad es breve, ingrata, / recibe el himno de este ignoto amante»⁴². Aquí se encierra todo el carisma. Lo que soñaba Leopardi, es decir, que esa idea eterna de Belleza llegase a adquirir una forma sensible, se ha convertido en acontecimiento en la historia. «Éste fue – dice Giussani – el momento más decisivo de mi vida cultural». La humanidad de Giussani estaba abierta de par en par, y por eso el anuncio cristiano tuvo esta incidencia en él hasta tal punto que, al conocerle nosotros, nos ha fascinado y le hemos seguido: «Este fue el momento más decisivo de mi vida cultural. Y digo “cultural” por lo mucho que la fe tiene que ver con la razón [...]: la fe responde a las exigencias del corazón más que cualquier otra hipótesis; por eso es más racional que cualquier otra hipótesis racional»⁴³.

Este es el desafío que don Giussani nos vuelve a lanzar hoy a cada uno de nosotros, y sabemos que no se trata de meras palabras. En él hemos visto hasta qué punto la fe responde a las exigencias del corazón más que cualquier otra hipótesis. No se trata de imaginar lo que sucedió hace dos mil años. Ahora, en esta situación histórica,

³⁸ L. Giussani, «L'intervista», en *Dimensione nuove*, n. 9, 1979, p. 21.

³⁹ «¿Qué es la verdad? Un hombre que está entre nosotros» (San Agustín, *Comentario a los Salmos* 84, 13)

⁴⁰ G. Leopardi, «A su dama», Canto XVIII, vv. 1-4, en *Poesía y prosa*, op. cit., p. 137.

⁴¹ *Ibidem*, vv. 12-16.

⁴² *Ibidem*, vv. 45-55.

⁴³ L. Giussani, *Educación es un riesgo*, op. cit., p. 28.

con todo el racionalismo que nos invade, con la reducción de la humanidad que vemos en nosotros, con el poder que quiere arrancar este anuncio de las fibras de nuestro ser, aquí y ahora, el Señor nos ha dado a don Giussani para permitirnos palpar que la fe responde a las exigencias del corazón más que cualquier otra hipótesis. Por eso es más racional que cualquier otra hipótesis racional. Esta es nuestra cultura. «Proponemos la fe como la racionalidad suprema en cuanto que el encuentro con el acontecimiento que la vehicula provoca una experiencia y una correspondencia con lo humano que es impensada, impensable»⁴⁴. Esto es lo que ningún poder de este mundo puede arrancar de nuestros ojos. Este es el mayor desafío que jamás nos ha dirigido nadie.

Es lo que don Giussani deseaba para su amigo Angelo Majo en 1946, y que desea hoy – estoy seguro de ello – para cada uno de nosotros: «Te deseo que Jesús se encarne en estas experiencias tuyas, del mismo modo inexorable y definitivo con el que se encarnó en el seno de la Virgen María. Porque el mayor gozo de la vida del hombre es sentir a Jesucristo vivo y palpitante en la carne del propio pensamiento y del propio corazón. Lo demás es efímera ilusión o estiércol»⁴⁵.

De este modo Jesús no se queda fuera, como algo yuxtapuesto, alejado del corazón. Cristo es algo que está sucediendo ahora cuando se encarna en nuestras entrañas; pero para que se encarne en nuestras entrañas hacen falta las entrañas, la humanidad. Sólo puede conocer a Jesús aquel que lo ve encarnado en sus propias experiencias, y entonces comprenderá quién es Cristo, «porque el mayor gozo de la vida del hombre es sentir a Jesucristo vivo y palpitante en la carne del propio pensamiento y del propio corazón. Lo demás es efímera ilusión o estiércol». No es por moralismo por lo que renunciamos a ir tras las cosas: lo hacemos porque nos damos cuenta de que son una ilusión. ¡Cualquier cosa menos moralismo!

Por eso comprendemos el alcance y la gracia que tiene el carisma para nosotros, para responder hoy a nuestra inconsistencia, para responder hoy al clima cultural en el que vivimos, para responder a nuestro nihilismo, a nuestra insatisfacción. «En el clima moderno, nosotros los cristianos nos hemos separado no de las fórmulas cristianas directamente, no de los ritos cristianos directamente, no directamente de los Diez Mandamientos. Nos hemos separado del fundamento humano, del sentido religioso. Tenemos una fe que ya no es religiosidad. Vivimos una fe que ya no responde como debería al sentimiento religioso; tenemos por tanto una fe no consciente, una fe que ya no tiene inteligencia de sí misma. Decía un viejo autor, Reinhold Niebuhr: “Nada es tan poco creíble como la respuesta a un problema que no se ha planteado”. Cristo es la respuesta al problema, a la sed y al hambre que el hombre tiene de la verdad, de la felicidad, de la belleza y del amor, de la justicia, del significado último. Si esto no está despierto en nosotros, si esta exigencia no es educada en nosotros, ¿qué puede hacer Cristo? Es decir, ¿para qué sirven la misa, la confesión, las oraciones, la catequesis, la Iglesia, los curas, el Papa? Son tratados todavía con un cierto respeto dependiendo de

⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁵ L. Giussani, *Cartas de fe y de amistad*, Encuentro, Madrid 2010, p. 63.

las zonas del planeta, se conservan durante un cierto periodo de tiempo por la inercia, pero ya no son respuestas a una pregunta, y por tanto no sobrevivirán mucho tiempo»⁴⁶.

Y esto coincide con la observación del entonces cardenal Ratzinger: «La crisis del anuncio cristiano, que crece desde hace un siglo, depende en no poca medida del hecho de que las respuestas cristianas dejaron a un lado las preguntas de los hombres; eran y siguen siendo correctas; sin embargo, no tuvieron influencia porque no partieron del problema y no fueron desarrolladas dentro de él»⁴⁷.

⁴⁶ L. Giussani, «La coscienza religiosa nell'uomo moderno», Centro Culturale “*Jacques Maritain*”, pro manuscrito, Chieti 1986, p. 15.

⁴⁷ J. Ratzinger, *Dogma e predicazione*, Queriniana, Brescia 2005, p. 75.